

gabinete de las Tullerías era entonces el Sr. Rossi, natural de Italia, antiguo *carbonario*, desterrado á consecuencia de las revoluciones de su patria, naturalizado francés después de una larga permanencia en Suiza, tan apto para la diplomacia por la sutileza de su espíritu como poco preparado para ella por su cuna y su pasado, representando por un singular capricho de la fortuna á su país adoptivo en su país natal; personaje, en una palabra, menos indicado que ningún otro para los favores de la corte romana. En frecuentes conferencias que la comunidad de lengua facilitaba, Rossi, fiel á las instrucciones de su gobierno, procuró robustecer las intenciones generosas del Padre Santo. No vaya á creerse, sin embargo, que Francia mirase con entera seguridad lo que pasaba en Roma. Rossi era un espíritu demasiado perspicaz para no discernir en seguida que la tentativa del Pontífice era tan difícil como gloriosa y exigía tanta firmeza como liberalismo. Sus despachos al ministro de Negocios extranjeros, Sr. Guizot, revelaron casi tanto sus temores como sus esperanzas. Se quejaba de que las ideas del Padre Santo no tuviesen bastante madurez y de que éste llevase á todas partes su espíritu de innovación sin fijarlo en ninguna. Las miras del papa son excelentes, añadía, pero se halla falto de conocimientos positivos. Lleva además demasiado lejos el deseo de no disgustar á nadie. Guizot ajustaba sus consejos á los informes de Rossi. «Conviene, le escribía, que el Padre Santo dirija la opinión y no se deje dirigir por ella; es esencial que circunscriba el campo de sus reformas, que las realice pronto y que desempeñe luego el papel de un soberano ordinario (1). Rossi comunicaba esta opinión al Pontífice, y felicitándole por su iniciativa, le aconsejaba que la ordenase. Pío IX, casi tan asustado como encantado de su obra, alababa mucho aquella prudencia, pero no lograba ponerla en práctica, tan difícil es, aun para las conciencias más rectas, el papel de reformador. Tal era, un año después del advenimiento del Padre Santo, la actitud de Francia, actitud de una simpatía un poco inquieta: quería precipitar el movimiento y al mismo tiempo limitarlo. Añádase que aquella política, á causa de su prudencia misma, no satisfacía á nadie: los amigos del pasado la juzgaban demasiado acentuada, y era tachada de tímida por los liberales cada día más osados.

Austria no tenía tantas contemplaciones que guardar. Las tendencias que se revelaban en Italia amenazaban su establecimiento en la Península, y no estaba dispuesta á renunciar sin lucha á las ventajas que los tratados de 1815 le habían conferido y que su política había aumentado. Metternich, que gobernaba hacía ya más de treinta años aquella antigua monarquía, había acogido con mucha displicencia las veleidades de los liberales italianos. Desde el advenimiento de Pío IX, procuró desviar al Pontífice de toda amnistía, y cuando ésta fué proclamada, se apresuró á pronosticar que «los indultados se convertirían en agitadores incorregibles (2).» Siendo su acción ineficaz en Roma, se dirigió al gabinete de las Tullerías con el cual estaba en buenos términos desde la subida de Guizot al poder, y en numerosos despachos transmitidos á Apponyi, emba-

(1) M. Guizot, *Mémoires*, tomo VIII, págs. 349, 353 y 354.
(2) Despacho de Metternich á Lutzow en Roma, 6 de agosto de 1846.

ador de Austria en París, no se cansó de repetir que el partido del *justo medio*, tan poderoso en Francia, no existía allende los Alpes. Zahería en Rossi al antiguo jefe de *carbonarios*. Respecto al rey Carlos Alberto, Metternich no tenía bastante desdén para este pobre príncipe que había tomado en serio la utopía de Gioberti. Cuanto más se acentuaba el movimiento, más se multiplicaban los avisos del ministro austriaco. Este tan pronto se dirigía á los soberanos de los Estados secundarios y en particular al gran duque de Toscana, procurando recuperar la vieja influencia de Austria con la perspectiva de próximos peligros (3); tan pronto, desdénando á los intermediarios diplomáticos, escribía á Guizot aconsejándole con encarecimiento que no cubriese con su protección las tentativas del liberalismo italiano (4). «El liberalismo, decía, no necesita recomendación; es bastante poderoso por sí mismo (5).» A veces renacía á la esperanza de convencer al gobierno pontificio. «Los indultados, escribía á su embajador en Roma Sr. de Lutzow, no eran más que aprendices de liberalismo al ser proscritos: hoy son revolucionarios consumados (6).» «Las mejoras materiales, los ferrocarriles, el alumbrado por gas, las escuelas les importan poco, añadía; lo que quieren es ejercer su acción por medio de la prensa y los clubs, desarmar á los suizos, armar á la guardia cívica y finalmente dominar.» Así desplegaba, en interminables despachos telegráficos, su actividad aquel hombre de Estado, atento á salvar el antiguo orden europeo.

La perspicacia de Metternich era todavía mayor que su despecho. No tardó en operarse un cambio en las disposiciones del pueblo romano. No es que hubiesen cesado las aclamaciones al papa; pero su carácter no fué ya el mismo. Con la alegría del presente se mezcló la cólera contra el pasado. Se acusaba, no sin razón, á los amigos del antiguo papa, de oponer á los deseos de Pío IX una resistencia pasiva que éste no se atrevía á destruir: así es que empezaron á comparar pérfidamente á Pío IX con Gregorio XVI. Los *gregorianos* fueron más de una vez amenazados y perseguidos por el clamor popular. Los indultados volvieron, no como súbditos agradecidos, sino como triunfadores: fueron aclamados: en toda la Península se abrieron suscripciones á su beneficio; y ellos, con esa independencia de corazón que en muchos italianos precedió á la independencia nacional, empezaron á conspirar contra el gobierno que les había amnistiado. Las demostraciones preparadas sucedieron á las demostraciones espontáneas, frías ó entusiastas según que el Pontífice se inclinaba á la resistencia ó á las concesiones. Seguía gritando «¡viva Pío IX!» pero se añadía: «¡Abajo los jesuitas!» Se levantaban arcos de triunfo al papa, pero se impedía á los prelados de su casa que pasasen por ellos después de él. Se aclamaban las reformas realizadas, pero se reclamaban en seguida las que habían de seguir. Suavizada la reglamentación de la prensa, los periódicos se sirvieron de sus recientes franquicias para solicitar irrealiza-

(3) M. de Metternich, *Mémoires*, tomo VII, págs. 405 y siguientes.

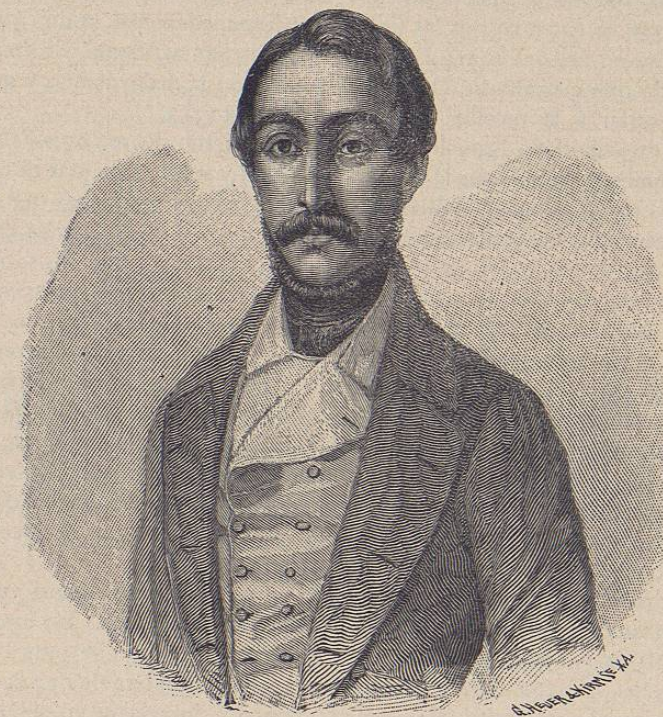
(4) M. de Metternich, *Mémoires*, tomo VII, págs. 394-403.

(5) Despacho de Metternich al conde Apponyi, 25 de mayo de 1847.

(6) Despacho de Metternich á Lutzow, 15 de mayo de 1847.

bles innovaciones. El cardenal Lambruschini, ex consejero de Gregorio XVI, fué reemplazado por el cardenal Gizzi; de pronto se aplaudió al nuevo secretario de Estado, pero no se tardó en encontrarlo débil; el cardenal Gizzi fué á su vez reemplazado por el cardenal Ferretti, que no había de ser más afortunado que su antecesor. Creada la guardia cívica, su fidelidad pareció pronto dudosa. El grito de «¡viva Pío IX!» que desde luego había sido expresión de amor, convirtiéndose para la masa ignorante y apasionada en excusa de todas las lo-

caron se mofaba con desdén del partido moderado, del partido de los Balbo y de los Orioli, y proclamaba la *unidad italiana* conquistada por la revolución y por la guerra. Separándose á la vez de Francia y de Austria, Inglaterra prestaba su apoyo moral á los innovadores más exaltados; á fines de 1847, lord Minto, recorriendo la Península, se hacía intérprete de aquella política imprudente ó interesada; prodigaba los estímulos; dejaba gritar bajo sus balcones: «¡viva la independencia italiana!» y recibía en cambio ovaciones de aquel pueblo



José Mazzini

curas: en una villa de Calabria, el populacho asaltó la cárcel para libertar á los presos, vitoreando al Pontífice (1). La facción revolucionaria, marchando á la sombra del partido liberal, aspiraba á gobernar bajo la autoridad del papa.

Todo contribuyó á aumentar la confusión. Los austriacos acuartelaron algunas tropas en la ciudad de Ferrara, cuya ciudadela ya ocupaban, y el cardenal legado protestó contra aquella medida: el incidente, poco importante en sí, excitó aún más los ánimos. Al mismo tiempo una agitación, patriótica y liberal por un lado, pero mezclada con elementos impuros, estalló en toda la Península. En los Estados sardos, y particularmente en Génova, se reclamaba la expulsión de los jesuitas y armamento de la guardia cívica: Cavour y algunos de sus amigos trataron de substituir aquellas peticiones con una reclamación más política en favor de una constitución, pero no lograron su objeto. En Toscana no era menor la efervescencia, y en Livorno, sobre todo, se revelaba bajo la forma más ruidosa. Mazzini, el fundador de la *Joven Italia*, especie de sociedad que con símbolos políticos y religiosos perseguía el derrocamiento de todos los tronos, Mazzini, hasta entonces disimulado, manifestó sus propósitos: en cartas que se publi-

(1) Montanelli, *Mémoires*, tomo I, pág. 355.
TOMO X

apasionado que necesitaba ser contenido en vez de ser excitado.

En medio de aquellos sucesos, el papa abrió el día 15 de noviembre de 1847 la *Consulta de Estado*. Esta se componía de miembros nombrados por el poder ejecutivo á propuesta de los consejos provinciales, y no tenía más que una autoridad consultiva. La opinión pública no desperdició medio de engrandecer á la asamblea naciente, dándole las apariencias de un cuerpo soberano. El día de la inauguración, los príncipes romanos pusieron sus carrozas de gala á disposición de los delegados. Cada diputado fué acompañado de ciudadanos de su ciudad natal que le formaban escolta. Hubo como siempre gran lujo de banderas, y fueron necesarios todos los esfuerzos del cardenal Ferretti para hacer desaparecer algunas que eran casi facciosas. El cortejo se dirigió al Quirinal en medio de todo aquel aparato. El papa, contra su costumbre, empleó un lenguaje muy firme, cuidando bien de circunscribir las atribuciones de la Consulta. Aquella firmeza no asustó ni contuvo á nadie. El gobierno no estaba ya en el Quirinal, sino en los círculos, en los cafés, en los estancos, donde se organizaban manifestaciones. El pueblo se acostumbraba á agruparse en torno de algunos tribunos de baja estofa: entre ellos empezaba á distinguirse cierto Angelo Brunetti, llamado Ciceruacchio. Los sediciosos se

unían para vigilar al papa fingiendo aún aclamarlo. Pío IX no podía recibir ningún jesuita sin excitar rumores. Los cardenales afectos al régimen precedente eran denunciados todos los días a la malevolencia. El primero de enero de 1848, la ciudad fué entristecida por escenas tumultuosas, y los gritos de «¡abajo la policía!, ¡no más curas en el gobierno!» dominaron las aclamaciones en favor del Pontífice.

En esto llegaron inesperadas nuevas del reino de las Dos Sicilias. Súpose que Palermo se había sublevado y que toda la Sicilia imitaba su ejemplo; que la sedición ganaba el continente, y que se extendía por las Calabrias hasta Nápoles. Súpose, en fin, que el rey Fernando, príncipe más enfeudado que ningún otro a las ideas absolutistas, acababa de ceder a la presión popular, dando una constitución a sus súbditos. Aquellos acontecimientos imprevistos aumentaron aún más la efervescencia. En Roma, las noticias de las Dos Sicilias fueron celebradas con banquetes; grupos hostiles acudieron al *Gésu* y a la embajada de Austria, y las mujeres se mostraron en el *Corso*, adornadas con los colores italianos. En Florencia y en Turín no se contentaron con estas manifestaciones. El gran duque, imitando al rey de Nápoles, promulgó una constitución. El rey Carlos Alberto, después de largas vacilaciones, hizo otro tanto, realizando así el deseo poco antes manifestado por Cavour.

En medio de aquella sacudida, los gabinetes de Viena y de París persistían en su actitud, actitud justificada por sus principios y por su interés.

Austria experimentaba vivas inquietudes, no sólo por el orden público, sino que también y sobre todo por sus posesiones italianas. En Milán, la opinión pública aprovechaba con avidez todos los pretextos para proclamar su antipatía contra la dominación extranjera. Habiendo sido instalado un nuevo obispo, esta ceremonia dió lugar a una manifestación en honor de Pío IX, convertido, casi á pesar suyo, en portaestandarte de la independencia italiana. Como el gobierno austriaco sacaba abundantes recursos del impuesto sobre el tabaco, formóse una especie de liga patriótica contra la costumbre de fumar. No pudiendo contenerse ya los ánimos, pronto estallaron refriegas, y éstas fueron sangrientas. Venecia, por su parte, andaba también revuelta. Tommaseo y Daniel Manín propagaban allí la agitación. Los congresos científicos, las representaciones teatrales, todo servía de pretexto para manifestaciones. Testigo de semejante espectáculo, Metternich, tan pronto censuraba la molicie del virrey, archiduque Reniero, más amigo de la conciliación que de las medidas represivas, tan pronto, cediendo á los tristes presentimientos del porvenir, escribía al anciano mariscal Radetzky, que mandaba las fuerzas austriacas en Italia, estas líneas impregnadas de desaliento: «Estábamos destinados por la divina Providencia á no pasar nuestra vejez en el reposo (1).» En otras ocasiones en que el estupor dominaba en su espíritu á los demás sentimientos, exclamaba: «¡Estaba, pues, reservado al mundo ver á un papa haciendo liberalismo!» «Pío IX, añadía, carece de espíritu práctico, de espíritu de gobierno; es de corazón ardiente, pero de concepción débil. Si las cosas siguen su curso natural,

(1) M. de Metternich, *Mémoires*, tomo VII, pág. 476.

se hará expulsar de Roma... No puede ya avanzar ni retroceder. En cuanto á Carlos Alberto, no quiere hacernos la guerra, pero se verá quizá obligado á ello. Es más déspota que liberal; pero el incienso de los literatos le sube á la cabeza (2).» En el mes de enero de 1848, el canciller del Imperio consideraba la cuestión tan grave que pensaba en una intervención de las potencias y habló de ello al embajador de Francia, Sr. de Flahaut. «Pero, añadía á fin de sondear las intenciones de su interlocutor, ¿cómo intervenir? ¿Puede el Austria obrar sola? No lo consentiríamos. Si Francia y Austria obran mancomunadamente, se dirá á voz en grito que ha resucitado la Santa Alianza. Si Francia interviene sola, tropezará con la malevolencia y quizá con la hostilidad de Inglaterra (3).»

El gobierno del rey Luis Felipe obedecía á miras más liberales y sobre todo más desinteresadas. Pero aquí el temor también podía más que la confianza. En Roma, Rossi persistía en buscar las bases de una inteligencia entre el Padre Santo y sus súbditos. Aconsejaba la paz á los innovadores más audaces, y procuraba desalentar á los que abrigaban locas esperanzas. «Francia no puede ser un cabo de vara al servicio de Italia», decía en un lenguaje algo trivial. Dirigiéndose al Pontífice, le aconsejaba que llevara á término cuanto antes las reformas posibles; que introdujera, particularmente, en mayor escala, el elemento laico en su gobierno, y que buscara luego un punto de parada para su política. Aquellos esfuerzos eran por desgracia más honrosos que eficaces.

No es que la resistencia viniese del papa: éste estaba resuelto á todas las innovaciones razonables: se prestaba sobre todo de muy buena gana á secularizar una parte considerable de las funciones públicas; pero la opinión, insaciable en sus exigencias, no escuchaba ya ningún consejo. Cuando la discusión del Mensaje, en enero de 1848, suscitó en el Parlamento francés un solemne debate sobre los asuntos italianos, Guizot, enterado por los despachos de Rossi, no disimuló sus alarmas. Su lenguaje reveló un doble temor: el temor de que la cuestión de rectificación de fronteras encendiese la guerra, y el temor de que la demagogia italiana se apoderase del gobierno, y de que, «con el pretexto de restablecer el orden y la luz en el mundo, no le sumiese en el caos (4).» Aquellas inquietudes no eran ficciones: en el momento mismo en que Guizot se expresaba en los términos apuntados, al gabinete de las Tullerías le preocupaba, como á Metternich, la eventualidad de una intervención. Dábanse órdenes para que hubiese 5.000 hombres disponibles en Port-Vendres y en Tolón: el general Aupik era designado para tomar, en caso de necesidad, el mando de dichas tropas: aquel pequeño cuerpo de ejército, dispuesto á embarcarse, tenía la misión de asegurar al papa, si era necesario, un apoyo eficaz. Dichas medidas fueron notificadas á Rossi el 27 de enero de 1848 (5).

(2) M. de Metternich al conde Apponyi, 7 de octubre de 1847. M. de Metternich á M. de Fiequelmont, 23 de enero de 1848.— M. de Metternich al conde Apponyi, 29 de enero de 1848.

(3) Despacho de Metternich al conde de Colloredo, 14 de enero de 1848.

(4) *Monitor* de 1848, pág. 231.

(5) M. Guizot, *Mémoires*, tomo VIII, pág. 40.

III

Cuatro semanas después estalló la revolución de Febrero. Esta no produjo desde luego en Italia una impresión tan viva como se hubiera creído. Hasta sucedió que los ricos propietarios lombardos, temiendo un movimiento socialista, fueron más bien intimidados que excitados por las primeras noticias de París. Pero quince días después, cuando se supo el motín de Viena, la caída de Metternich y las concesiones arrancadas al emperador Fernando, la pasión nacional, largo tiempo contenida por temor al extranjero ó por miedo al desorden, estalló con una fuerza irresistible. El 18 de marzo, Milán se sublevó en masa: después de cinco días de lucha, Radetzky se vió obligado á abandonar la ciudad y á replegar sobre Verona sus tropas asustadas y mercedas por las deserciones. Venecia también se sublevó, puso en libertad á los prisioneros políticos, obligó al gobernador austriaco á una especie de capitulación, y puso á su cabeza al abogado Daniel Manín, el cual, en largos días de gloria y de duelo, había de encarnar en sí el alma de la patria. De Venecia la insurrección se propagó al continente, y de Milán se extendió á toda la Lombardía. Radetzky se encerró en el cuadrilátero, único refugio que le quedaba.

Convenía rodear aquellas fuerzas insurrectas, poderosas, pero algo desordenadas, de una fuerza regular que les prestase su disciplina y su cohesión. Todas las miradas se volvieron hacia el Piamonte, única potencia militar de Italia. La hora era solemne para la dinastía de Saboya. Tomar parte en la lucha era sacrificar quizá, en caso de derrota, todas las laboriosas conquistas del pasado. Desde el punto de vista del derecho internacional, nada autorizaba la entrada en campaña, y todas las quejas de los años anteriores, aún reunidas con un arte extremo, no bastaban para justificar la guerra. Recientemente el gabinete sardo no había vacilado en asegurar al gobierno austriaco que sus miras eran pacíficas y que respetaba los tratados. Estas consideraciones parecieron desde luego dominantes en el espíritu de Carlos Alberto. Pero hay momentos en que el sentimiento público rompe y hace estallar todas las ficciones de los tratados. En Turín la prensa predicó con ardor la intervención. Repitióse que á la casa de Saboya no se le volvería á presentar la ocasión de crear en provecho suyo un reino de la Alta Italia. Este llamamiento hecho á su ambición no podía dejar al príncipe insensible. Sin dejar de afirmar que no tenía ningún proyecto belicoso, decretó un campamento de observación y toleró la marcha de los voluntarios. En esto se supo el triunfo de los milaneses. Esta noticia, que hacía el éxito posible, disipó las incertidumbres del rey. La guerra fué decidida. El 24 de marzo, el conde Buol, enviado de Austria, pidió sus pasaportes. El 25 de marzo, Carlos Alberto salió de su capital. El 29, este monarca pasó el Tesino.

Desde aquel momento, el incendio, que dormía hacía tanto tiempo bajo las cenizas, abrasó toda la Península. En Toscana, el gran duque, adelantándose á Carlos Alberto, había ya cedido á la opinión pública. Florencia, Pistoya, Siena, Lucca, Livorno y Maremmas proporcionaron su contingente de voluntarios. Los estudiantes de la Universidad de Pisa, al mando de sus

profesores, formaron un batallón. Parma y Módena expulsaron á su príncipe. De Nápoles partió un cuerpo de ejército, mandado por el antiguo proscrito, general Pepe. En cuanto á la ciudad de Roma, tomó parte en la agitación más ruidosamente que el resto de Italia. A la noticia de la revolución de Febrero, Pío IX, cediendo á los acontecimientos, había concedido ya á sus súbditos una Constitución. Al saberse la insurrección triunfante de Milán, los agitadores de círculos y cafés, que suplían cada vez más al gobierno, vociferaron que había que *expulsar á los bárbaros*. Hubo iluminaciones, ovaciones, ostentación de banderas como si ya se hubiese triunfado. Algunos curas, especie de Lafayettees de sotana, empezaron á predicar la *lucha santa*. Formóse á las órdenes del general Durando un cuerpo de tropas que salió de Roma á los gritos de «¡viva Pío IX!, ¡viva la independencia italiana!» Pero reinaba cierto equívoco sobre el destino de aquel cuerpo de ejército: el Padre Santo pensaba aún mantenerlo como un cuerpo de observación en las fronteras septentrionales de sus Estados: los jefes de la revolución tenían el propósito de hacerlo avanzar, arrastrando al Soberano Pontífice á la guerra abierta contra el Imperio.

En el momento en que Italia se sublevaba contra Austria, su vieja enemiga, ¿no iba á reclamar el auxilio de Francia, su tradicional aliada?

Juzgando por las apariencias, Italia hubiera debido solicitar el apoyo de Francia, y ésta, temiendo una guerra general, hubiera debido reservar su concurso ó al menos ponerlo á precio. Pero sucedió lo contrario. Francia ofreció su asistencia á Italia la esquivó.

Atacando á Austria, Carlos Alberto había agotado toda su audacia y no quería añadir á esta temeridad la de aliarse con una república. De natural excesivamente receloso, temía que el gobierno del 24 de febrero propagase al otro lado de los Alpes los principios democráticos. Además temía que el precio de los buenos oficios de Francia fuese la cesión de Saboya; fiel á las tradiciones de su raza, acariciaba la esperanza de adquirirlo todo sin abandonar nada. Este recelo dictó toda la conducta del príncipe. En el momento de salir de su capital dirigió un manifiesto á los pueblos de Lombardía y Venecia, cuidando de afirmar que «Italia se bastaría á sí misma (1).» Al notificar á los gabinetes europeos su resolución de tomar las armas, exceptuó de esta comunicación al gobierno francés, al cual aún no había reconocido. En sus conferencias con los embajadores extranjeros y particularmente con el ministro de Inglaterra, sir Abercromby, daba á entender que entraba en Lombardía únicamente para evitar la implantación de la República (2). En su último despacho al conde Buol, representante de Austria, el Sr. Pareto, ministro de Negocios extranjeros de Cerdeña, no vaciló en invocar esta consideración para justificar la intervención piemontesa (3). En París, la mayor parte de los emigrados italianos imitaron esta reserva (4). A principios de abril, la incursión en territorio saboyano de algunas partidas insurrectas procedentes de Lyon confir-

(1) Manifiesto de 23 de marzo.

(2) *Correspondence respecting the affairs of Italy*, parte II.

(3) Despacho de Pareto á Buol, 23 de marzo (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, parte II, pág. 328).

(4) Véase el *Monitor* de 28 de marzo, págs. 702 y 703.

mó aún más los temores del rey. *Italia farà da se*, tal fué la consigna que, partiendo de Turín, cundió por toda la Península. Habiendo el gobierno provisional de Milán votado un mensaje á la República francesa y enviado un agente para negociar la compra de fusiles en Tolón, el gabinete sardo no vaciló en desaprobado aquellas gestiones (1). A la verdad, Manín, espíritu esencialmente político, no compartía aquellas ilusiones del patriotismo ó aquellas inspiraciones del recelo: notificó al gabinete de París la revolución de Venecia; solicitó de él armas y algunos buques, y dejó entrever que se agradecerían socorros más directos y eficaces; pero la opinión pública y la prensa clamaron en seguida contra aquella especie de llamamiento al extranjero (2).

A la noticia de los sucesos de Milán y de Venecia, Lamartine, que dirigía entonces la política exterior de Francia, no dudó que ésta sería llamada á una próxima intervención en Italia; tanto que, á sus instancias, fué reunido en seguida al pie de los Alpes un ejército de 30.000 hombres, dispuesto á entrar en campaña. Grande fué, pues, su sorpresa cuando el enviado de Cerdeña, Sr. de Brignoles, le presentó, en vez del testimonio de gratitud que esperaba, la protesta de Carlos Alberto, y reclamó con viva insistencia la disolución ó alejamiento de aquel cuerpo de observación (3). Si este lenguaje hubiese podido dejar subsistir alguna ilusión en Lamartine, las noticias llegadas del Piamonte la hubieran disipado. Francia tenía por representante en Turín al Sr. Bixio, personaje que, al revés de la mayor parte de los diplomáticos republicanos, era hombre de mucha sagacidad y firmeza. Bixio adivinó en seguida las disposiciones del gabinete sardo y cuidó de comunicarlas á su gobierno. «Reinan aquí, escribió, las más peligrosas ilusiones... El carácter esencial del movimiento es el de ser ante todo italiano. Nadie tiene la idea de substituir á Austria por Francia. No quieren la intervención francesa y no la querrán sino después de la derrota (4).» Al recibir tan extraños despachos, Lamartine no podía contener su asombro: no podía comprender que Francia, potencia redentora, fuese tratada como Austria, potencia opresora. El día 11 de abril escribió á Bixio: «En caso de la marcha de un cuerpo francés á Saboya, los fuertes que se encuentran sobre la ruta de la Moriana, ¿tirarían contra nuestras tropas (5)?» Bixio no vaciló en contestar que los franceses serían recibidos como enemigos. Sin embargo, la República francesa persistió en sus buenos deseos, si no por Carlos Alberto á quien tenía poco afecto, al menos por Italia, de la cual era amiga y con cuya amistad creía contar. Al reunirse la Asamblea constituyente, creyóse obligada á incluir en el programa de su política exterior la liberación de Italia. En uno de los consejos de la Comisión

(1) Despacho de sir Abercromby á lord Palmerston, 14 de abril de 1848 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, página 353).

(2) Documentos dejados por Manín y publicados por Planat de la Fuye, tomo I, págs. 169 y 174.

(3) El Sr. de Brignoles se atenía en esto á las estrictas instrucciones de su gobierno. (Véase el despacho de Pareto á sir Abercromby, 36 de marzo de 1848. *Correspondence respecting the affairs of Italy*, parte II, pág. 278).

(4) Despachos de 7 y 20 de abril de 1848.

(5) Despacho de 11 de abril de 1848. Garnier Pagès, *Histoire de la Révolution de 1848*, tomo VI, págs. 213 y 214.

ejecutiva, Lamartine propuso la intervención inmediata en la Península, á pesar de la oposición de los italianos, y fueron necesarias todas las objeciones de sus colegas, más prudentes ó menos osados, para evitar aquel exceso de abnegación (6).

Lo que afirmaba á los italianos en su infatuación eran los apuros de sus adversarios. A fines de abril y en mayo de 1848, el antiguo imperio de Austria pareció un instante abandonado de la Providencia. Radetzky había replegado á duras penas su ejército en medio de las fortalezas del Cuadrilátero. Este ejército, según cálculos que parecen exactos, apenas se componía de 50.000 hombres. Colocado entre Milán y Venecia, ambas sublevadas, el anciano mariscal podía temer además que le cortasen sus comunicaciones con el Tiro. El ejército piamontés era numeroso y aguerrido, y estaba bien armado: cierto es que algunos de los contingentes italianos ofrecían pocos elementos de resistencia; pero había otros muy valientes, bien disciplinados y de organización bastante sólida. Por añadidura, la anarquía reinaba en el corazón del Imperio. Viena era presa de agitaciones permanentes: los ministerios se sucedían sin que ninguno pudiese arraigar; Hungría preludiaba con movimientos parciales la guerra civil; la Bohemia andaba también revuelta. Esta situación no permitía enviar á Italia refuerzos suficientes, y Radetzky se veía reducido á mantenerse en la defensiva ó á librar combates que no siempre fueron afortunados. Un acontecimiento imprevisto reveló cuán grandes eran los peligros del imperio de Austria. Súpose de pronto que el emperador Fernando, sin esperanza de hacer respetar su autoridad en la capital, había salido furtivamente de Viena el 17 de mayo, y buscado en Innsbruck un abrigo contra los facciosos.

Vióse entonces un extraño espectáculo. Mientras Italia, en su presuntuosa seguridad, desdeñaba todo auxilio extranjero, la casa de Austria empezó á buscar un intermediario entre ella y los italianos sublevados. El enviado de Austria en París no había disimulado á Lamartine que su soberano estaría dispuesto al sacrificio de una parte de sus posesiones italianas. Pero el gobierno francés estaba demasiado ligado con Italia, y era además demasiado inestable para poder entablar una negociación seguida en París; así es que el gabinete de Viena buscó en Londres un intermediario favorable á sus miras.

El 6 de mayo de 1848, pocos días antes de la huida del emperador, el diplomático austriaco, Sr. de Hummelauer, recibió del barón de Lebzeltern, director interino de la cancillería de Estado, la orden de marchar á Inglaterra. Reinaba entonces el mayor desconcierto en los círculos oficiales del imperio. Dos días antes, el señor de Fiquelmont, amigo de Metternich, se había visto obligado, bajo la presión del motín, á abandonar sus funciones de ministro de Negocios extranjeros, y todavía no se le había encontrado sucesor. En vano Hummelauer pedía instrucciones precisas. Lebzeltern no se atrevió á dárselas. Fiquelmont, caído ya del poder, se contentó con enviarle copia de una nota que había redactado antes de su caída. Pillersdorf, presidente del

(6) Garnier Pagès, *Histoire de la Révolution de 1848*, tomo VI, pág. 391, y tomo X, pág. 6.

consejo, limitóse á vagas recomendaciones sobre la necesidad de solucionar prontamente los asuntos italianos. Pillersdorf parecía sobre todo aferrado á la idea de cargar sobre los territorios italianos que se cediesen una gran parte de la deuda del Imperio. Además, como la opinión pública en Austria estaba muy excitada contra Metternich, recomendó á su enviado que se abstuviese de toda relación con este personaje que se encontraba entonces en Londres. Hummelauer no pudo obtener nada más y partió para la Gran Bretaña.

Inglaterra no simpatiza con los débiles. El representante de Austria había esperado una acogida desdeñosa. La realidad superó á sus temores. Los ingleses abultaban los peligros del imperio austriaco. El gabinete británico deseaba la formación de un reino de la Alta Italia, que comprendiese el Piamonte, la Lombardía, Venecia, los ducados de Parma y de Módena, reunidos bajo el cetro de Carlos Alberto. Cuando Hummelauer habló el 23 de mayo de la creación de un reino lombardo-veneciano, dotado de instituciones nacionales, pero puesto bajo la soberanía de Austria, esta primera indicación fué resueltamente rechazada. Sintiendo la necesidad de más amplias concesiones, el enviado austriaco propuso el día siguiente la renuncia del Austria á todo derecho de soberanía sobre la Lombardía y una administración separada para Venecia. Aunque estos sacrificios eran grandes, pareció que el gobierno británico los consideraba todavía insuficientes. Sir Abercromby, ministro de Inglaterra en Turín, no cesaba de repetir que el abandono por parte del Austria de todas sus posesiones italianas era el único medio de terminar la guerra y prevenir la intervención francesa; y como se encontraba en el teatro de los acontecimientos, se le atendía. Aquella mala voluntad desalentó á Hummelauer, quien hasta tuvo un instante el pensamiento de dirigirse á la República francesa, la cual, por malévola que fuese, no podía serlo tanto como Inglaterra; comunicó este proyecto á Metternich, á quien veía á pesar de la prohibición de sus jefes. Metternich le hizo comprender que, careciendo de instrucciones para ello, asumiera, si tal hiciese, una grave responsabilidad, y le hizo desistir de su propósito.

Sin embargo, de todos los ministros ingleses, el menos desfavorable era lord Palmerston, que dirigía los Negocios extranjeros. Sabíase también que la reina y sobre todo el príncipe Alberto sentían los reveses de fortuna de la monarquía austriaca. Hummelauer, en una nota confidencial, pero divulgada después, rogó encarecidamente al jefe del *Foreign-Office* que ejerciese en favor de Austria su influencia sobre sus colegas. En apoyo de su instancia, el negociado hacía valer las noticias de la guerra, que eran, desde hacía un par de días, mejores para Austria. Aquellos esfuerzos no fueron vanos. El 3 de junio, lord Palmerston declaró á Hummelauer que Inglaterra podía constituirse en intermediaria si el gabinete de Viena consentía en la cesión de una parte del territorio de Venecia. El hombre de Estado inglés, con su habitual perspicacia, no se hacía ilusión alguna sobre la eficacia de aquellas negociaciones. «Lo que os conviene, decía á Hummelauer, es ganar una buena batalla.» Esta era la verdadera palabra de la situación. Hummelauer salió de Londres, y antes de que terminara el mes de junio se encontró de regreso en su

país (1). Allí supo que, durante su ausencia, el Sr. de Wesseberg, sucesor de Fiquelmont, había ofrecido al gobierno de Milán el reconocimiento de su independencia, pero que los lombardos no habían querido separar su suerte de la de Venecia y había rehusado aquel supremo bien que les ofrecía la mano del enemigo (2).

A veces las resoluciones viriles nacen de lo excesivo de las desgracias. Inglaterra ponía condiciones muy duras para una mediación muy incierta. Milán hasta rehusaba el ofrecimiento de la libertad. Austria estaba resignada á retroceder hasta Mincio: al ver que tendría que retroceder hasta Adige y ceder quizá Venecia, su altivez se sublevó; por una reacción muy natural, aunque inesperada, se preguntó si era posible no sacrificar absolutamente nada. En tales disposiciones de ánimo encontró Hummelauer á su corte, así es que no se dió curso á las proposiciones de que era portador. Todo favoreció aquel retorno á la política de resistencia. El emperador Fernando, desconcertado por las manifestaciones facciosas de los vieneses, había sido reconfortado por las aclamaciones de sus fieles tiroleses, que le vitoreaban en Innsbruck. El Padre Santo, en una encíclica solemne, había desaprobado toda idea de hostilidad contra Austria; y esta publicación, sin debilitar materialmente la causa italiana, le había quitado aquella fuerza moral que le daba el supuesto concurso de Pío IX. Quince días después de la encíclica del papa, el rey de las Dos Sicilias dió á las tropas napolitanas la orden de retroceder. La intervención armada de Francia resultaba cada vez menos probable. Los batallones toscanos habían sido casi aniquilados en Curtatona. Ciertamente es que los piamonteses habían alcanzado el 30 de mayo una brillante victoria en Goito, y la toma de Peschiera había aumentado la importancia de este hecho de armas; pero, á pesar de su derrota, Radetzky prometía el triunfo si se le enviaban refuerzos. Renació la esperanza y con ella el propósito de conquistar la paz, no ya en Londres, sino á orillas del Tesino.

Hubo desde aquel momento un formidable cambio de fortuna para el imperio austriaco. Durando capituló con sus tropas romanas en Vicenza; Padua, Treviso y Palma Nueva cayeron en manos de los soldados de Radetzky. A últimos de junio, todo el territorio de Venecia, á excepción de la capital, se halló en poder de Austria. Asustado de aquellos reveses, firme en su propósito de crear el reino de la Alta Italia, Carlos Alberto precipitó la obra de las anexiones. Milán y sus ducados habían votado ya su unión al reino de Cerdeña; el 4 de julio, la República de Venecia abdicó á su vez sus viejos recuerdos de gloria y se pronunció en favor de la fusión con el Piamonte. Pero estas provincias no se entregaban á Carlos Alberto sino para escaparle en segui-

(1) En una nota detallada y dirigida á Metternich, Hummelauer le dió cuenta de su misión en Londres. De esta nota hemos tomado los principales elementos de este relato. (Véase *Mémoires de M. de Metternich*, tomo VIII, págs. 449 y siguientes, y 20, 22 y 23. Véanse además los despachos de Hummelauer á lord Palmerston, 23, 24 y 26 de mayo de 1848 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, parte II, págs. 470, 476 y 480).

(2) Véase el despacho de lord Ponsomby á lord Palmerston, 12 de junio de 1848; el despacho del barón de Wesseberg al señor Casati, 13 de junio de 1848, y el despacho de Wesseberg á lord Ponsomby (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, parte II, págs. 596 y 609; parte III, págs. 32 y 33).